

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

**Salvador Seguí**  
**ESCUELA DE REBELDÍA**

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2012

© de esta edición, Editorial Periférica, 2012  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-60-4  
DEPÓSITO LEGAL: CC-435-2012  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## NOTA DE LOS EDITORES

En los minutos finales de la interesante película de Antonio Drove *La verdad sobre el caso Savolta* (1979), basada en la novela homónima de Eduardo Mendoza, uno de sus protagonistas, acaso el más triste y el más complejo, interpretado por el gran Ovidi Montllor, nos deja ver algunas de las fichas de los anarquistas asesinados por la patronal. Entre ellas, como nos muestra un plano casi cenital, está la de Salvador Seguí... Entretanto, una voz en *off* va desgranando su terrible letanía en un montaje de muertes y pagos inspirado, sin duda, en *El Padrino* de Coppola: «En noviembre de 1920 es nombrado gobernador civil de Barcelona Martínez Anido, que declara ilegal la CNT... En Barcelona, entre 1914 y 1921, el número de obreros asesinados por la patronal asciende a 523... El 30 de noviembre de

1920 Francesc Layret, abogado de los obreros de Cataluña, es asesinado por pistoleros del Sindicato Libre cuando intentaba conseguir la libertad de Companys, Salvador Seguí (*El noi del sucre*) y otros sindicalistas detenidos... En un solo día, el 21 de enero de 1921, los médicos barceloneses efectuaron 36 autopsias de obreros asesinados... El 10 de marzo de 1923, el general Primo de Rivera, desde el poder central, establece la dictadura, prohíbe la Confederación Nacional de Trabajadores, reprimiéndola ferozmente, favorece el Sindicato Libre creado por la patronal...».

Es ese «ambiente» el mismo de esta novela, donde el papel de los gánsters del Chicago de los años 20 lo ocupan los pistoleros de los llamados Sindicatos Libres o Sindicats Lliures, ligados a los carlistas y a la extrema derecha, y financiados, como se ha dicho antes, por parte de la patronal catalana, aunque durante algún tiempo se «presentaran» como otro sindicato obrero más.

En esta *nouvelle* tristemente profética (el lector sabrá por qué la adjetivamos así al llegar a la última línea y al leer a continuación la biografía de Seguí en la correspondiente solapa), no nos

encontraremos con los apellidos de un personaje que, sin embargo, planea (o eso nos parece) por encima del relato, y que aunque ha sido eludido resulta tan fundamental como los que aparecen con su propio nombre. Se trata, no del patrón, ni de sus asesinos a sueldo del Sindicato Libre, sino de aquel que, en la realidad que transparentan estas páginas, los protegió e incluso los auspicó: Severiano Martínez Anido, gobernador militar de Barcelona entre 1920 y 1922, que ya había dado a conocer su carácter sanguinario como gobernador de Melilla. (El dictador Miguel Primo de Rivera lo premiaría confiándole el Ministerio de Gobernación entre 1925 y 1929. En 1937, el dictador Francisco Franco lo nombraría jefe de los servicios de Seguridad Interior, Orden Público y Fronteras, y ya en 1938, responsable de la cartera de Orden Público.)

Martínez Anido es el más perfecto reflejo, y a la vez brazo armado (de pistola o de garrote vil, tanto da), de esa España reaccionaria e inmutable contra la que se rebeló Salvador Seguí, y contra la que trata de rebelarse su protagonista: Juan Antonio, quien resulta, en algunos momentos, los mejores, entre gorkiano y galdosiano.

No puede calificarse esta novela corta, donde su autor logra hábilmente que nos sintamos partícipes de la historia del emigrado, o inmigrante, Juan Antonio, y de sus desdichas y anhelos, de obra maestra de la literatura, como suele hacer la propaganda editorial al uso. Sí es, sin embargo, una pieza interesantísima y con la suficiente dignidad literaria como para haber sobrevivido *con entereza* al paso del tiempo, a la vez que un documento esencial, y de necesaria revisión, sobre el anarquismo español y la lucha obrera. Como también merecen ser releídos los libros del anarquista leonés Ángel Pestaña, amigo y seguidor de Seguí, y que, como éste, despreció el uso del asesinato, desde el bando contrario o desde su propio bando, para la consecución de lo que, según él mismo, hasta entonces, es decir, «hasta el día de la lucha en Barcelona y en España», sólo eran «ideales de necesaria justicia».

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

## ESCUELA DE REBELDÍA

II

JUAN ANTONIO EN BARCELONA

Juan Antonio, siguiendo los consejos de su amigo, se trasladó a la Ciudad Condal.

Durante los primeros meses, la animación, los múltiples aspectos de la vida barcelonesa embargaron casi por completo su espíritu. Quería verlo todo, saborearlo todo; era aquél un mundo nuevo para él, que no conocía más que el silencio y la tristeza árida de su pueblo, donde todo se reducía a cuatro tabernas lóbregas, tres cafés situados en la calle Mayor y media docena de prostíbulos.

Juan Antonio sentía un ansia infinita de todos aquellos goces que la gran ciudad ofrecía espléndidamente; era la suya una naturaleza exquisita y sensual que necesitaba placeres refinados y violentos. A la mayoría de sus compañeros le gustaba ir al café, donde se emborrachaban y discu-



tían a gritos; a él, no; él amaba a las mujeres; ellas eran las que embargaban toda su atención, las que le dominaban por completo.

Para encontrarlo había que ir a La Bombilla, a La Buena Sombra, al Pay-Pay, a cualquiera de aquellos cafés de camareras donde se explotaba la lujuria; verdaderas casas de prostitución disfrazadas, que en Barcelona han adquirido un desarrollo escandaloso.

Allí se pasaba las tardes Juan Antonio, y allí dejaba el jornal, consumiendo además sus energías físicas, que no eran muchas, en brazos de aquellas mujeres.

Alguna vez le asaltaban ciertos remordimientos, que procuraba desechar pensando en que la vida es como es, y no como uno quiere que sea.

III

LA INFLUENCIA DEL AMBIENTE

Algunas veces, sin embargo, iba al café Español, donde se reunía con algunos compañeros de los que figuraban al frente del movimiento sindicalista y discutía con ellos, exponiendo sus ideas, sus puntos de vista, sus dudas respecto a la inmediata emancipación del proletariado.

Juan Antonio no creía que el mundo pudiera transformarse de pronto, de una manera milagrosa; era necesaria una labor lenta y difícil, que tardaría mucho tiempo en efectuarse; era preciso, según él, hacer hombres nuevos, menos soberbios, menos egoístas, con un claro concepto de todos los valores humanos.

—Indudablemente —decía Juan Antonio—, hay muchas miserias y muchos dolores, cuya contemplación nos indigna extraordinariamente, y que desearíamos evitar a toda costa, casti-

gando a quienes los producen con su brutalidad, con su implacable y ciego egoísmo; pero si nos fijamos bien, entre el burgués y el proletario no existe, en realidad, una gran diferencia psicológica. Esa literatura sentimental y ramplona que se ha hecho durante mucho tiempo para adular a la multitud, atribuyéndole todas las virtudes, todas las abnegaciones, todos los instintos generosos, a mí no me convence; es más, creo que resulta contraproducente. A los trabajadores hay que decirles la verdad: hay que ponerles de manifiesto su ignorancia; su incapacidad para efectuar esa transformación social con que sueñan; hay que crear la mentalidad comunista, que no existe aún, y para eso es para lo que se necesita un esfuerzo y una perseverancia de la cual carecemos nosotros.

—Tú piensas en el porvenir —le replicaba uno de sus compañeros—; pero ¿y el presente?

—Pide el reino de Dios —decía Juan Antonio—, y lo demás se te dará por añadidura. Las grandes luchas se promueven por grandes ideales; el presente es la consecuencia del pasado, y en él hay que engendrar el porvenir lanzando a la tierra buena semilla. Si yo creo en la decaden-

cia del régimen capitalista es porque los burgueses no se mueven más que por impulsos bajos y materialistas.

Juan Antonio no podía sustraerse a la influencia del medio. Hasta entonces pudo resistir, y permanecía en una actitud pasiva; pero al fin iba a ser arrastrado por el torbellino.

En poco tiempo la organización sindicalista había crecido prodigiosamente. En Barcelona eran 160.000 hombres dentro de los sindicatos; una masa imponente que podía echarlo todo a rodar si estuviera bien disciplinada. A la burguesía le daba miedo, y los políticos comenzaban a preocuparse ante aquella organización, que tenía un aspecto formidable. Era preciso destruirla de cualquier manera, apelando a toda clase de procedimientos.

El *líder* del partido catalanista, hombre ambicioso y positivista, quiso ver si era posible aprovechar aquella gran fuerza para el desarrollo de sus planes; pero bien pronto se convencieron de que era irrealizable. Los anarquistas rechazaron desde el primer momento todas las insinuaciones. Si los trabajadores hacían una revolución no sería en un sentido nacionalista.

El tema dio lugar a muchas discusiones; los catalanistas no se atrevieron a levantar la voz, y el plan fracasó completamente.

Desde este momento ya no se pensó más que en destruir aquella gran organización proletaria; todo lo que se hiciera contra ella sería aprobado por los políticos catalanes, que contaban con el apoyo de la burguesía.

A Juan Antonio lo nombraron delegado de taller, y sostuvo serias y agrias discusiones con el patrono, que estaba acostumbrado a tratar a los trabajadores despóticamente.

—Ésta es mi casa —dijo el dueño de la imprenta desentendiéndose de las observaciones que se permitía hacerle el nuevo delegado, con respecto al orden y distribución del trabajo—, ésta es mi casa, y en mi casa hago yo lo que me da la gana.

—No, señor —replicó Juan Antonio—, está usted en un error: usted confunde el taller con su domicilio; allí puede usted hacer lo que le plazca sin contar con otro dictado que el de su conciencia; aquí, no; aquí es preciso contar con nosotros, que no somos sus criados, sino sus colaboradores.